



## Menéndez contra Menéndez. Represión y resistencia de los discípulos de Menéndez Pidal ante la ofensiva intelectual tradicionalista de posguerra en la universidad española

Rubén Pallol Trigueros<sup>1</sup>

**Resumen.** A la altura de la década de 1930 Menéndez Pidal había logrado crear una sólida escuela de Filología e Historia en España que las nuevas autoridades académicas de la dictadura trataron de destruir a partir de 1939. Usando como bandera al otro Menéndez (Pelayo) trataron de controlar los puestos académicos claves y destruir los cimientos de una tradición liberal de pensamiento. Analizando las oposiciones a cátedras de posguerra, el texto retratará la represión a la que fueron sometidos los discípulos de Menéndez Pidal y las estrategias de las que se valieron para sobrevivir en el campo académico. **Palabras clave:** Nacionalcatolicismo; Franquismo; Historia de la Universidad; Menéndez Pidal; liberalismo; depuración.

### [en] Menéndez Versus Menéndez. Repression and Resistance of the Disciples Menéndez Pidal's to the Intellectual Offensive of Traditionalists in Post-War Spanish University

**Abstract.** Before the Civil War, in Spanish University an important group of students, professors and researchers, most of them disciples of Ramon Menéndez Pidal, have contributed to renew Literature and Linguistic studies in Spanish University. As symbols of modern science they were considered as enemies by Franco dictatorship after 1939. The new professors collaborating with Franco's regime as academic authorities try to ban them from University at they same time they promoted a return to traditional science following the thoughts and works of Menéndez Pelayo, in order to destroy the liberal legacy of Menéndez Pidal's school. Analysing the competition for University chairs in postwar Spain it will be shown how Menendez Pidal's tried to avoid repression without refusing to theirs scientific identity.

**Keywords:** National-Catholicism; Francoism; History of University; Menéndez Pidal; liberalism; Purge.

**Sumario.** Introducción. 1. La depuración de la escuela de Menéndez Pidal en la universidad. 2. La pugna por el poder académico en las cátedras de Lengua en la posguerra.

**Cómo citar:** Pallol Trigueros, R. (2016): Menéndez contra Menéndez. Represión y resistencia de los discípulos de Menéndez Pidal ante la ofensiva intelectual tradicionalista de posguerra en la Universidad española. *Cuadernos de Historia Contemporánea* 38, Núm. Esp. 285-299.

<sup>1</sup> Departamento de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid (España)  
rpallolt@ucm.es

## Introducción

Este trabajo se adentra en las relaciones entre intelectuales y poder político en los comienzos de la dictadura franquista. Para ello analiza un campo muy concreto de la vida cultural española, la universidad, y se fija en un colectivo específico, los profesores y catedráticos de Lengua y Literatura. La opción por este pequeño grupo viene motivada por las estrechas relaciones de colaboración que muchos de sus integrantes habían establecido con el gobierno y el poder antes de la guerra civil, pero también por el grado de excelencia académica alcanzado en su producción científica. La figura más representativa del grupo fue la de Ramón Menéndez Pidal, personaje crucial en el sistema científico español antes de 1936, que desempeñaba cargos públicos de la más alta responsabilidad en el impulso de la modernización cultural y universitaria del país y que por ello fue considerado luego por la dictadura franquista como uno de los forjadores de la antiespaña con la que se quería acabar. Pero Menéndez Pidal era sobre todo el maestro de una nutrida escuela de profesores e investigadores que habían logrado situar a la filología española en diálogo de igual a igual con la de los principales centros académicos extranjeros. La segunda razón que mueve a seleccionar a este colectivo es la excepcional capacidad de resistencia y supervivencia de la escuela de Menéndez Pidal a los intentos de sometimiento por parte de la dictadura en la inmediata posguerra; a pesar de la expulsión y persecución de muchos de sus miembros, y de los esfuerzos para crear de un discurso científico alternativo por parte de los profesores adictos a Franco, antimoderno y que recuperaba lo que se consideraba la tradición genuina española, la escuela de Menéndez Pidal no sólo no desapareció de las aulas españolas sino que resurgió con fuerza en poco tiempo, imponiéndose como el referente ineludible de los estudios filológicos<sup>2</sup>. El objetivo último de este trabajo es mostrar cómo fue posible esta resistencia, que si bien al principio pudo ser silenciosa tal y como lo ha planteado Jordi Gracia<sup>3</sup>, acabó siendo muy elocuente del temprano cisma entre poder político e intelectuales (o al menos una parte de ellos) en la dictadura franquista.

El estudio de estas relaciones entre poder e intelectuales se analizará en el proceso de depuración y renovación de las cátedras universitarias de Lengua y Literatura mientras fue ministro de Educación José Ibañez Martín, entre 1939 y 1951. Fue en este mandato ministerial cuando el proyecto cultural nacionalcatólico se mostró más intransigente, dispuesto a erradicar de la universidad española toda sombra del pasado liberal<sup>4</sup>; el siguiente ministro, Joaquín Ruiz-Giménez, sería más comprensivo y tolerante con profesores vinculados al republicanismo y a la tradición liberal, creando, al menos temporalmente, un contexto menos hostil a su integración en la universidad. Las fuentes a las que se acudirá serán por una parte los expedientes de depuración de los profesores represaliados, con los que se puede identificar a aquellos que gozaban de la confianza de la dictadura y colaboraron en la expulsión de los que eran

<sup>2</sup> MAINER, José-Carlos: *La filología en el purgatorio: los estudios literarios en torno a 1950*, Barcelona, Crítica, 2003.

<sup>3</sup> GRACIA GARCÍA, Jordi: *La resistencia silenciosa: fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004.

<sup>4</sup> Luis Enrique OTERO CARVAJAL, "La universidad nacionalcatólica" en *La universidad nacionalcatólica. La reacción antimoderna*, Madrid, Dykinson, 2014, p. 69-129. Para el caso de Madrid, véase el reciente balance de RODRÍGUEZ LÓPEZ, Carolina "Estando muertos todavía hablan. La Universidad de Madrid en el primer franquismo", *Ayer*, nº 101 (2016), p. 105-130.

considerados como indeseables y así establecer la nueva correlación de fuerzas que gobernaba el campo universitario de la Lengua y Literatura tras la guerra. También se analizará la participación de los discípulos de Menéndez Pidal en las oposiciones a catedrático de universidad: con esta documentación se puede acceder a los discursos científicos que estos profesores defendían y describir los conflictos entre los distintos grupos de investigación que se disputaban la hegemonía universitaria.

Con la investigación propuesta se pretende revisar y matizar algunas de las ideas generales sobre las relaciones entre poder e intelectuales en la dictadura de Franco y que parecen necesitar un acercamiento y una descripción más complejas. El primer asunto que exige revisión es el alcance de la represión franquista en la universidad (y con carácter más amplio en el conjunto de la sociedad), que si bien pudo tener un carácter implacable en sus intenciones no lo fue en sus resultados<sup>5</sup>: en este trabajo se buscarán determinar los límites de esa represión, mostrando el margen de ineficacia de la dictadura en su objetivo de erradicar el discurso liberal y modernizador de la universidad española. También se quiere enriquecer la descripción del papel político de los intelectuales durante la dictadura franquista que a veces exagera su carácter opositor, olvidando a aquellos que colaboraron en la creación del nuevo orden político y cultural o a los que, simplemente, se preocuparon fundamentalmente por seguir realizando su tarea intelectual, al margen del poder. Una tercera cuestión, íntimamente relacionada con la anterior, es la de evaluar el verdadero peso de las ideologías e identidades políticas en la pugna universitaria de los años 40, que parece haber sido sobrevalorado; así por ejemplo los motivos que animaban a los que colaboraron en la depuración podían tener su origen en la competencia académica y no en el asentimiento con un ideario político, así como en la disidencia se produjeron ayudas que podían estar causadas por la solidaridad profesional más que por la asunción de un programa político común. Finalmente, en el análisis de los comportamientos y discursos de este grupo de intelectuales emerge un grado amplio de diversidad de actitudes ante la dictadura y su proyecto cultural; esto nos obliga a superar una clasificación binaria y simplista franquista-antifranquista y en la que parece importante analizar las prontas colaboraciones entre algunos vencedores, pocos pero significativos, y algunos vencidos que habían escapado a la represión. Contribuir a la explicación de las razones y los motivos de la pronta disidencia de algunos de los que habían apoyado la sublevación es también otro de los objetivos secundarios de este trabajo.

## 1. La depuración de la escuela de Menéndez Pidal en la universidad

Existe ya un amplio consenso que considera las tres décadas previas a la guerra civil como las de una edad de plata de nuestra cultura y nuestra ciencia<sup>6</sup>; un periodo en el que se crearon las bases para construir un verdadero sistema científico, capaz no sólo de recibir e integrar las nuevas corrientes de pensamiento sino de contribuir con aportaciones propias a los descubrimientos y reinterpretaciones que se producían a

<sup>5</sup> Sobre la represión específica del personal universitario véase CLARET MIRANDA, Jaume: *El atroz desmoche: la destrucción de la universidad española por el franquismo, 1936-1945*, Barcelona, Editorial Critica, 2006; OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *La destrucción de la ciencia en España: depuración universitaria en el franquismo*, Madrid, Editorial Complutense, 2006.

<sup>6</sup> MAINER, José-Carlos: *La Edad de Plata (1902-1939): ensayo de interpretación de un proceso cultura*, Madrid, Cátedra, 1981.

un acelerado ritmo en la cultura occidental<sup>7</sup>. Los factores que lo hicieron posible son variados y van desde la apuesta más o menos decidida del gobierno por la investigación, con la creación de la Junta de Ampliación de Estudios y otras iniciativas hasta la labor filantrópica de instituciones como la Fundación Rockefeller. Sin duda también tuvieron un papel fundamental determinadas personalidades que supieron aprovechar las corrientes de fondo para configurar ese incipiente sistema científico de principios de siglo XX, como Santiago Ramón y Cajal, capaz de llevar a cabo sus pioneras investigaciones a pesar de la falta de recursos o Ignacio Bolívar y José Castillejo al frente de la JAE fomentando la internacionalización de la ciencia española.

En el campo de las humanidades el gran referente fue Ramón Menéndez Pidal, catedrático de Filología Románica en la Universidad de Madrid desde 1899 y forjador de la primera escuela filológica española, además de una escuela de historiadores<sup>8</sup>. Había otros estudiosos de la Lengua y de la Historia en España de importancia por entonces (desde Miguel de Unamuno a Miguel Asín Palacios, de Manuel Gómez Moreno a Rafael Altamira)<sup>9</sup>, pero ninguno como Menéndez Pidal asumió tantas responsabilidades en la modernización académica de las humanidades: capitaneó el Centro de Estudios Históricos, institución clave en la investigación española, fue rector desde su creación en 1931 de la Universidad Internacional de Santander y presidió desde 1925 la Real Academia Española de la Lengua. Eso sin contar con sus numerosas publicaciones que ya antes de la guerra civil le habían convertido en uno de los historiadores y filólogos más influyentes de España, rodeado de la corte de discípulos más extensa y brillante del momento, donde figuraban Vicente García de Diego, Tomás Navarro Tomás, Américo Castro, Amado Alonso o Dámaso Alonso, entre otros<sup>10</sup>. Esta posición hegemónica le valió a Menéndez Pidal también no pocas enemistades y envidias entre colegas de la universidad que afloraron al iniciarse la guerra civil; especialmente sus posicionamientos intelectuales: alumno aventajado de Marcelino Menéndez Pelayo, el gran intelectual de referencia para el conservadurismo neocatólico español de comienzos de siglo XX, Menéndez Pidal se había atrevido a apostar por las modernas corrientes de pensamiento europeas, por el positivismo que había practicado como método de investigación filológico-histórica e incluso por los aires renovadores posteriores que estaban dando a nacer el estructuralismo; en fin, se había convertido en un “heterodoxo” de los que hablaba el maestro Menéndez Pelayo en sus obras, en un intelectual que rompía con la tradición española católica para pervertirla con influencias extrañas y extranjerizantes.

<sup>7</sup> OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “La edad de plata y la renovación de la universidad española” en *La Universidad nacionalcatólica. La reacción antimoderna*, Madrid, Dykinson, 2014, p. 15-67.; OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y LÓPEZ SÁNCHEZ, José María: *La lucha por la modernidad: las ciencias naturales y la Junta para la Ampliación de Estudios*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Residencia de Estudiantes, 2012.

<sup>8</sup> Para una aproximación a la figura de Méndez Pidal: PÉREZ VILLANUEVA, Joaquín: *Ramón Menéndez Pidal: Su Vida y Su Tiempo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991; PÉREZ PASCUAL, José Ignacio: *Ramón Menéndez Pidal: ciencia y pasión*, Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1998; CATALÁN, Diego: *El Archivo del Romancero: patrimonio de la humanidad historia documentada de un siglo de historia*, Madrid, Fundación Ramón Menéndez Pidal, 2001; ABAD NEBOT, Francisco: “La escuela filológica de Ramón Menéndez Pidal” wn *El Centro de Estudios Históricos (1910) y sus vinculaciones aragonesas: (con un homenaje a Rafael Lapesa)*, s.l., 2010, p. 91-114.

<sup>9</sup> LÓPEZ SÁNCHEZ, José María: *Heterodoxos españoles: el Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*, Madrid, CSIC – Marcial Pons, 2006.

<sup>10</sup> *Ibid.*

Menéndez Pidal reunía en su perfil intelectual y personal todos los rasgos de lo que consideraban la máxima perversión cultural aquellos que, en el mundo cultural y académico, recibieron con horror la República de 1931 y apoyaron el levantamiento contra la democracia de julio de 1936. Los impulsores de la Junta para Ampliación de Estudios, del Centro de Estudios Históricos, los colaboradores de la Institución Libre de enseñanza y de la Residencia de Estudiantes, fueron designados como culpables de haber creado el clima cultural e intelectual que había propiciado, decían ellos, el estallido de la guerra civil. Esta animadversión y culpabilización quedó clara en algunos de los panfletos y líbelos que publicaron durante la guerra los profesores que apoyaban a Franco. El más conocido fue *Una poderosa fuerza secreta*, obra publicada en San Sebastián en 1940 en la que se denunciaba la perniciosa influencia de la Institución Libre de Enseñanza hasta 1936. Sus autores eran catedráticos de universidad, todos situados tras la victoria de Franco en posiciones de privilegio en el poder académico y que con sus textos declaraban sus intenciones para el futuro: colaborar con la dictadura para extirpar el virus modernizador que personajes como Menéndez Pidal habían introducido en la cultura tradicional española. Así se mostraba uno de estos autores, Cándido Ángel González Palencia, catedrático de la Lengua Árabe en la universidad de Madrid y quien estaba llamado a reorganizar el campo de las Letras en la universidad española. González Palencia se ocupó en este panfleto del capítulo sobre “El Centro de Estudios Históricos” hacia el que mostraba una virulenta repugnancia:

“la obra del Centro resultó cara y sectaria, como todo lo que lleva el sello de la Institución Libre de Enseñanza, y sirvió para encaramar a las alturas a ciertos personajes que se aprovecharon del esfuerzo de estudiantes y personas modestas, a quienes explotaban con la sordidez del más avaro editor”<sup>11</sup>

Y aún sin citarlos explícitamente, lanzaba sus dardos contra sus máximos responsables; así deploraba la Revista de Filología Española que editaba el Centro y que dirigía Menéndez Pidal, señalando que “las revistas, en especial la de Filología, adolecen del defecto de parcialidad sectaria. Acostumbraba a silenciar las publicaciones de personas de derechas” y como ejemplo citaba obras no reseñadas de Juan Hurtado o Miguel Asín, para terminar denunciando que “jamás ha honrado sus páginas bibliográficas con la reseña de ningún libro de Menéndez y Pelayo. Y eso que el director de la Revista se decía su principal discípulo”. La puntualización es importante porque redundaba en la acusación de que Menéndez Pidal se había apartado de la tradición española de su maestro. González Palencia también firmaba un capítulo dedicado a “La herencia de la Institución Libre de Enseñanza” en el que ofrecía recetas para actuar respecto de lo que él calificaba como “tinglado institucionista”. Para la sede original de la ILE proponía un destino sin perdón:

“La casa matriz, la escuela de niños que en la calle de Martínez Campos era el núcleo fundamental de la secta, habrá de sufrir la suerte de los bienes de todos aquellos que han servido al Frente Popular y a la Revolución marxista. Como en los días gloriosos imperiales, podría arrasarse la edificación, sembrar de sal el

<sup>11</sup> GONZÁLEZ PALENCIA, Ángel: “El centro de estudios históricos” en *Una poderosa fuerza secreta La Institución Libre de Enseñanza*, San Sebastián, Editora Española, 1940, p. 191-196.

solar y poner un cartel que recordase a las generaciones futuras la traición de los dueños de aquella casa para con la Patria inmortal<sup>12</sup>

Y en cuanto al Centro de Estudios Históricos, La JAE y otras instituciones que se consideraban la prolongación de la ILE dictaminaba que “no deben desaparecer, sino transformarse y ponerse al servicio de la nación, que los paga, y no al servicio de la secta, que los aprovecha”. Con carácter más general señalaba que había que esforzarse en extirpar del sistema educativo “de tantas y tantas personas incrustadas por la secta en los cuerpos de funcionarios públicos”<sup>13</sup>.

Estas declaraciones son reveladoras en tanto que González Palencia asumió importantes responsabilidades en la reorganización de la vida universitaria de posguerra, en las áreas de Lengua y Literatura. Primero como secretario de la comisión encargada de la depuración de la Universidad Central y responsable de expulsar o de sancionar a una parte importante de los profesores más reputados de la Edad de Plata<sup>14</sup>. En la facultad de Filosofía y Letras de Madrid fueron separados catedráticos y profesores que eran discípulos directos de Menéndez Pidal o sus estrechos colaboradores como Claudio Sánchez-Albornoz, Américo Castro, José Fernández Montesinos, Pedro Salinas, Vicente Llorens o Tomás Navarro Tomás. Todos marcharon al exilio y con ellos muchas de las posibilidades de continuación de la escuela. El maestro don Ramón, escapó por poco al proceso de depuración: en 1939 cumplió los 70 años, edad oficial de jubilación y por lo tanto no era procedente someterlo a la purga iniciada por el gobierno franquista<sup>15</sup>. De todas maneras, las nuevas autoridades académicas se esforzaron en neutralizar su posible influencia, marginándolo de la vida académica, al menos en los primeros años tras la guerra. En el CSIC, el centro que venía a suplantar la labor del Centro de Estudios Históricos, no se le concedió más que un cargo secundario. También se le retiró de la presidencia de la Academia de la Lengua a la que no volvió a asistir hasta su rehabilitación en 1947. En cuanto a la universidad, Menéndez Pidal nunca fue llamado a un tribunal de oposiciones con lo que no pudo participar en la selección del nuevo profesorado. A esto se añadieron otras penalidades, ya que el viejo profesor tuvo que comparecer ante el tribunal de responsabilidades políticas, tras denuncia anónima. No tuvo condena, en parte porque uno de sus discípulos y antiguo colaboradores en el Centro de Estudios Históricos, Antonio Tovar, le brindó su protección. Tovar era entonces un alto cargo del servicio de propaganda de Falange en manos de Dionisio Ridruejo, lo que pudo evitar una pena contra el maestro jubilado; eso no quitó que el proceso se alargara exageradamente, hasta 1944, periodo en el que no pudo disponer de sus bienes, embargados a la espera de la resolución definitiva del juicio político<sup>16</sup>.

El único superviviente académico del equipo de Menéndez Pidal fue Dámaso Alonso, hasta entonces catedrático en Valencia y que en 1940 pasó a disfrutar de la plaza de Filología Románica de su maestro<sup>17</sup>. Dámaso Alonso consiguió superar la

<sup>12</sup> GONZÁLEZ PALENCIA, Ángel: “La herencia de la Institución Libre de Enseñanza” en *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*, San Sebastián, Editora Española, 1940, p. 273-276.

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *La destrucción de la ciencia en España*, op. cit.

<sup>15</sup> CATALÁN, Diego: *El Archivo del Romancero*, op. cit.; PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “La filología en la universidad nacionalcatólica” en *La Universidad nacionalcatólica. La reacción antimoderna*, Madrid, Dykinson, 2014, p. 685-774.

<sup>16</sup> CATALÁN, Diego: *El Archivo del Romancero*, op. cit.

<sup>17</sup> BOE 5 de febrero de 1941. PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “La filología en la universidad...”, loc. cit.

purga a pesar de haber seguido al gobierno republicano a Valencia y haber permanecido a su servicio hasta 1939. En el proceso de depuración alegó haber ayudado a los perseguidos “por los rojos”, y sin delatar a ningún compañero, presentó avales de profesores claramente alineados con Franco como Francisco Alcayde, Joaquín de Entrambasaguas y José Manuel Pabón)<sup>18</sup>. Así Dámaso Alonso pudo no sólo sobrevivir en la universidad nacionalcatólica sino, desde su puesto en Madrid, influir para que la labor de su maestro sobreviviera, pues nunca abjuró de su pasado académico y siguió colaborando con Menéndez Pidal, así como con los discípulos que habían quedado en el país<sup>19</sup>.

El intento de recuperar y reintegrar a la universidad a la escuela pidaliana no fue tarea fácil, también en este caso por culpa de Ángel González Palencia. Su segunda gran tarea en la reorganización de la universidad de posguerra fue la de supervisar el reparto de nuevas plazas de catedrático; en el sistema de oposiciones de la posguerra, los tribunales eran nombrados por el Ministerio de Ibáñez Martín y González Palencia se convirtió en el profesor más veces convocado para presidir las que decidieron las plazas de Lengua y Literatura<sup>20</sup>. Así se pretendía imponer el tradicionalismo católico como ortodoxia científica y recuperar los planteamientos de un Menéndez Pelayo, al que se había resucitado para convertirlo en el referente intelectual de la ciencia española. En una lectura radical de su obra *Historia de los heterodoxos españoles*, González Palencia y otros profesores que controlaban las humanidades tras la depuración, reivindicaban unos estudios que fueran puramente españoles, libres de las influencias extranjeras y extrañas de los treinta años anteriores y que regresaran a la obediencia y a la subordinación al catolicismo que ellos consideraban como consustancial a la esencia del país.

En este control y diseño de la Lengua y Literaturas universitarias, también debía jugar un papel decisivo Joaquín de Entrambasaguas, catedrático de Lengua y Literatura en la universidad de Murcia desde 1934 y que se mostró virulentamente hostil hacia la escuela de Menéndez Pidal. Entrambasaguas había pasado la guerra en el bando sublevado, al servicio del gobierno de Burgos y luego había vuelto a Murcia como depurador. Como recompensa a los servicios prestados, en 1941 se le concedió el traslado a Madrid para desempeñar la cátedra de Lengua Castellana, donde permaneció hasta su jubilación. Durante la guerra dejó muestras claras de su ideario político reaccionario y antidemocrático y de su desprecio hacia la modernidad científica de institucionistas, liberales y demócratas en el primer tercio del siglo XX, en un panfleto propagandístico que con el título *Pérdida de la Universidad española*, publicó en 1938. Basta con citar su caracterización del Centro de Estudios Históricos para comprobar el tono rencoroso y de venganza en el que mojaba su pluma:

“el Centro de Estudios Históricos, asilo de “percebes fieles” - como dice con gracia un amigo nuestro - donde estrujando el desfosforado cerebro de pobres fármacos principiantes y comprando miserablemente el trabajo de otros se erigían prestigios y “sabios universales” que a la “hora de todos” quevedesca quedaran

<sup>18</sup> Declaración jurada de Dámaso Alonso y Fernández de las Redondas, 22 de abril de 1939, AGA, Educación, 21-02414-0005.

<sup>19</sup> Sobre la conversión y adaptación de Dámaso Alonso a la dictadura véase también lo relatado por GRACIA GARCÍA, Jordi: *La resistencia silenciosa*, op. cit.

<sup>20</sup> PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “La filología en la universidad...”, loc. cit.

sin ninguna de las obras que les dieron fama. Allí se gratificaba la cursilería sin igual de Américo Castro, el maniquí erudito; lo que como ministro hacía a favor de la Institución el inverecundo Sánchez Albornoz; la poesía presupuestaria de Pedro Salinas y otros poetas de lira estreñida; la adulación rastrera del repugnante Aguado Bleye y los gorgoritos fonéticos de Navarro Tomas, ya que no el cervantismo inefable del inefable Homero Serís, verdadero tipo de vodevil francés, o las incontables, ilegibles y misteriosas papeletas con que atiboraban los ingentes ficheros más por qué dirán que por afán de ciencia - cuantos vividores, infelices y mamarrachos pululaban por allá para recibir el espaldarazo de la ciencia europea en edición institucionista de bolsillo, y conseguir cátedras, academias, etc... o al menos, para colaborar en la “Revista de Filología”, que les permitía pasar a la inmortalidad con entrada de paseo”<sup>21</sup>.

Con estos personajes designados para reconstruir la Lengua y la Literatura en la Universidad española, parecía difícil que los discípulos de Menéndez Pidal pudieran reintegrarse en las aulas españolas. Ahora bien, existían asideros para una resistencia y para la supervivencia. Las circunstancias también se aliarían, de manera inesperada, para que se produjera el resurgir de la escuela. La primera sorpresa fue la longevidad del propio Menéndez Pidal, del que nadie podía sospechar que aún tenía una parte larga de su carrera intelectual por recorrer: ya jubilado, vivió tres décadas más sin dejar de trabajar ni de influir en el mundo académico, aunque fuera desde la periferia. Él fue el primer impulso para alimentar su legado en tiempos tan hostiles. También fueron importantes los cambios en el panorama político internacional del que era tan dependiente la propia dictadura: el derrumbe de los fascismos europeos en la segunda guerra mundial forzó a Franco y sus colaboradores a un lavado de cara ante los aliados y a tolerar personajes que antes había repudiado lo que permitió la reintegración de intelectuales como Menéndez Pidal en la vida cultural española. Finalmente, el viejo maestro contó con aliados dentro de la propia dictadura: desde supervivientes como Dámaso Alonso que mantenían vivo su legado hasta antiguos discípulos que como el falangista Tovar habían abrazado la sublevación el 18 de julio pero que se habían ido distanciando de una dictadura con la que no coincidían ideológicamente de una manera plena. Solo en este panorama complejo, entre el desmoche y la resistencia, la persecución y la protección en el franquismo, se puede entender la caída y resurrección que la escuela de Menéndez Pidal tuvo en la Universidad española de los años 40.

## **2. La pugna por el poder académico en las cátedras de Lengua en la posguerra**

No todo estaba perdido pues, en la partida que había de jugarse a partir de 1940 para repartir las cátedras de Lengua y Literatura Española; aunque la ventaja estaba del lado de los nacionalcatólicos, estos también arrastraban debilidades, siendo la más grave que no contaban con suficientes candidatos de valía para poder competir. Esto provocó que, a pesar de la gran cantidad de vacantes no se convocaran demasiados concursos nada más terminar la guerra y se fueran postergando, esperando a que hubiese candidatos oficiales convenientes. Esta falta de candidatos también abrió la

<sup>21</sup> ENTRAMBASAGUAS, Joaquín de: *Pérdida de la universidad española*, Bilbao, Libertad, 1938, p. 50-51.



posibilidad de que en la universidad de posguerra se introdujeran investigadores que no se ajustaban totalmente al perfil deseado por Entrambasaguas o González Palencia, que entonces eran quienes controlaban institucionalmente la disciplina.

La falta de control ya se pudo en las primeras oposiciones celebradas tras la guerra, en otoño de 1940, que adjudicaron las plazas de Lengua y Literatura de las universidades de Oviedo y Sevilla<sup>22</sup>. El tribunal, que estaba presidido por González Palencia y contaba con la presencia de Joaquín de Entrambasaguas, concedió la primera plaza a Luis Morales Oliver, que por su especialización científica, la Historia de la Literatura en tiempos del Imperio de los Austrias, se ajustaba a la línea científica que se quería promover en la posguerra. Los problemas surgieron con el segundo candidato, Francisco Ynduráin, que si bien en términos políticos era irreprochable (se había alistado en el requeté carlista durante la guerra y siempre estuvo del lado de los sublevados), no lo parecía tanto en términos científicos. Discípulo de Unamuno, su tesis doctoral, que presentó al finalizar la guerra la dedicó al estudio del navarro antiguo y en ella no dudó en reivindicarse en la estela de Menéndez Pidal, Tomás Navarro Tomás, Amado Alonso o Vicente Llorens entre otros profesores denostados. Ese era el tipo de apuesta científica que González Palencia y Entrambasaguas pretendían desterrar de la universidad española y así lo dejaron claro a lo largo de los ejercicios, en los que trataron que Ynduráin se retirara: votaron por su expulsión y le dedicaron fuertes críticas por su “preferencia excesiva al estudio de la lengua sobre el de la literatura”. No obstante, los otros tres miembros del tribunal (Manuel García Blanco, César Real de la Riva y Francisco Maldonado de Guevara) votaron para que se le concediera la plaza; en respuesta, González Palencia y Entrambasaguas, solicitaron, sin resultado, que reconsideraran su decisión y que se repitiera la votación, algo completamente inusual y fuera de procedimiento de las oposiciones<sup>23</sup>.

La elección de Ynduráin como catedrático fue fundamental para la recuperación de una filología moderna en la España de Franco. Su labor fue discreta, desde su lejana cátedra que finalmente ejerció en Zaragoza (pidió el traslado en 1941)<sup>24</sup> pero eficaz para romper el cerco tradicional y antimoderno: se dedicó a la formación de jóvenes estudiantes en los valores, prácticas y planteamientos de la moderna filología que habían impulsado Unamuno y Menéndez Pidal, entre otros, antes de la guerra. Para ello contó con la colaboración de José Manuel Blecua Teijeiro, catedrático del Instituto de Bachillerato de la capital aragonesa. Bajo el magisterio de ambos dieron sus primeros pasos como filólogos Manuel Alvar, Tomás Buesa, Felix Monge, Fernando Lázaro Carreter y Antonio Ubieto entre otros futuros catedráticos de la universidad española<sup>25</sup>. Blecua e Ynduráin formaban el primer eslabón de una cadena que luego continuaba en Salamanca; en esa universidad Manuel García Blanco, junto a especialistas de otras disciplinas como José María Ramos Loscertales o Antonio Tovar, mantenía viva la tradición investigadora del Centro de Estudios Históricos. El triángulo lo cerraba Madrid, donde Dámaso Alonso se encargaba de la formación de doctores en un tiempo en que este título sólo podía expedirse en la Universidad Central. Zaragoza, Salamanca y la cátedra de Dámaso Alonso en Madrid se constituyeron en el circuito alternativo de formación del profesorado de lengua en la posguerra, frente

<sup>22</sup> PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “La filología en la universidad...”, *loc. cit.*

<sup>23</sup> Oposiciones conservadas en AGA, Educación, 9.261-3, 32/13641.

<sup>24</sup> BOE 25 de mayo de 1941.

<sup>25</sup> ALVAR, Manuel: “Francisco Ynduráin en mi recuerdo”, *Archivo de Filología Aragonesa*, nº 51 (1995), p. 11-15.

a un poder académico concentrado en la capital, en la Universidad Central y en el CSIC con González Palencia y Entrambasaguas como máximos defensores del credo antimoderno y del regreso a los planteamientos de Menéndez Pelayo.

Otros episodios similares al de la elección de Ynduráin se repitieron en los siguientes años. Los candidatos nacionalcatólicos no siempre contaban con historiales científicos brillantes y resultaba difícil sacarlos elegidos ante competidores formados en la escuela de Menéndez Pidal. Así ocurrió en las oposiciones a cátedra de Lengua y Literatura convocadas en 1942 para Oviedo, que en un principio debía ganar a Rafael de Balbín Lucas. Este aspirante era discípulo de Entrambasaguas y reunía todos los rasgos deseables por el poder académico de posguerra: miembro del Opus Dei y católico intransigente, había combatido en la guerra del lado sublevado e incluso había publicado unos Romances de la Cruzada en 1941 glosando sus experiencias. Se licenció apresuradamente tras la guerra, escaló puestos vertiginosamente en el CSIC como tantos otros miembros del Opus Dei y finalizó velozmente su tesis sobre el Teatro menor en Moreto, un tema muy del gusto de una época que aborrecía la lingüística y se consagraba a ensalzar la literatura del Siglo de Oro<sup>26</sup>.

Con este perfil, el camino de Balbín Lucas hasta la cátedra debería haber sido sencillo, pero se complicó con la aparición de un rival inesperado: Alonso Zamora Vicente, un heredero de la escuela de Ramón Menéndez Pidal, de quien había sido discípulo en sus estudios de licenciatura durante la República y con quien había trabajado entonces en el Centro de Estudios Históricos. La guerra dejó en suspenso la licenciatura de Zamora Vicente en su último año: se alistó de voluntario en el ejército republicano y tuvo que pasar por un campo de concentración<sup>27</sup>. Eso no impidió que se licenciase en el curso de 1939-40; la ayuda de Dámaso Alonso le permitió posteriormente prosperar como investigador y profesor. En 1940 Dámaso Alonso fue el presidente de las oposiciones a cátedras de instituto de Lengua y Literatura en las que Alonso Zamora obtuvo plaza en la ciudad de Mérida y más tarde dirigió su tesis, sobre *El habla de Mérida y sus cercanías*, un tema de dialectología en la más pura tradición de Menéndez Pidal y del exiliado Tomás Navarro Tomás con la que se doctoró en 1942<sup>28</sup>. Ese mismo año Zamora Vicente fue llamado a la Universidad de Madrid para impartir Dialectología y Fonética Geográfica. Con este currículum lo justo es que Alonso Zamora ganara en las oposiciones a Balbín Lucas y para evitar el conflicto o el escándalo, se optó por agregar a los ejercicios una nueva cátedra con destino en Santiago de Compostela<sup>29</sup>. Como era frecuente el tribunal lo acabó presidiendo Ángel González Palencia (después de unas cuantas renunciadas de los titulares, signo de que probablemente no querían tomar parte de una decisión que no parecía del todo honesta): Balbín Lucas obtuvo el primer puesto y eligió Oviedo y Zamora Vicente se conformó con Santiago<sup>30</sup>.

La entrada de Alonso Zamora Vicente en la Universidad de 1943, un dialectólogo, un lingüista, demostraba que la escuela de Menéndez Pidal (a través del magisterio de Dámaso Alonso) no había desaparecido, y es más, estaba en disposición de

<sup>26</sup> Hoja de servicios de Rafael Balbín Lucas; oposiciones de Cátedra de Lengua y Literatura en Granada, AGA, Educación, 10.498-3, 31/1505.

<sup>27</sup> PEDRAZUELA FUENTES, Mario: *Alonso Zamora Vicente: vida y filología*, Alicante, Universidad de Alicante, 2010, p. 112 y ss.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 175-189.

<sup>29</sup> BOE 21 de noviembre de 1942.

<sup>30</sup> AGA, Educación, 10.497-1, 31/1503, acta de los días 28 y 29 de mayo de 1943.

renacer. Sin embargo, no siempre desde el ministerio se transigió con este tipo de profesores, como cuando se planteó un problema similar para la cátedra de Lengua y Literatura Españolas, en la facultad de Granada, convocada en enero de 1942<sup>31</sup>. También esta tenía un destinatario fijado de antemano, Emilio Orozco Díaz, que había nacido en la propia Granada en 1909, y que allí había desarrollado toda su carrera como estudiante y como profesor desde 1931. Durante la guerra, Emilio Orozco apoyó a los sublevados y en 1939 recuperó sus cargos académicos<sup>32</sup>. Firmaron la solicitud para participar en las oposiciones muchos otros aspirantes, casi todos sin demasiadas posibilidades salvo Rafael Lapesa Melgar, cuyo currículum superaba contundentemente al de Orozco. Había sido encargado de cátedra de Historia de la Lengua en Madrid desde 1930 y miembro del Centro de Estudios Históricos hasta el final de la guerra, donde colaboraba con Américo Castro y Amado Alonso. Esto último le valió ser sancionado en su proceso de depuración con un traslado fuera de la provincia, inhabilitación para cargos de responsabilidad y postergación durante cinco años<sup>33</sup>. Pudo conservar, eso sí, su plaza de catedrático de Instituto de Secundaria, con destino en Oviedo, a la que se reincorporó en 1942<sup>34</sup>. Era el comienzo de una vida académica en la periferia, esperando una posibilidad de volver a la capital: aquellas oposiciones podrían haber acelerado el regreso pero los ejercicios, se fueron aplazando a pesar de tener un tribunal ya nombrado, hasta que en julio de 1944 quedó suprimida la plaza<sup>35</sup>. En realidad, para entonces la cátedra ya había sido adjudicada pero en otro concurso, convocado en julio de 1943<sup>36</sup> y en el que Lapesa no se presentó como aspirante, quizás habiendo entendido que el ministerio no quería verle en esas oposiciones. El candidato ministerial Emilio Orozco pudo así imponerse en estos otros ejercicios, desarrollados en 1944, en los que no dejó lugar a dudas de su alineamiento con la ortodoxia científica de 1939, al acudir en su memoria pedagógica a Menéndez Pelayo como máxima autoridad científica<sup>37</sup>.

Todavía en 1944, los que se reclamaban en el magisterio de Menéndez Pelayo seguían disfrutando plenamente del favor del Ministerio mientras que los que reivindicaban a Menéndez Pidal o habían sido sus discípulos, encontraban trabas a su entrada en la universidad. El caso de Lapesa es el más ejemplar en este sentido, y su resolución fue, precisamente, la que marcó el cambio de paso y la apertura a una reconstrucción más firme de la escuela de Menéndez Pidal. Para esto fue decisivo una reforma en los planes de estudios, que llegó unos años después, y que parecía ser un intento del ministerio de evitar la rivalidad y competencia entre ambos grupos de estudiosos de la Lengua y la Literatura. Se estableció un reparto de poderes con la creación de dos especialidades diferentes. La antigua asignatura de Lengua y Literatura Españolas fue transformada en Lengua y Literatura Española y Literatura Universal, materia en un principio reservada a los seguidores de González Palencia y Entrambasaguas y resto de catedráticos tradicionalistas que habían acaparado el

<sup>31</sup> BOE 15 de enero de 1942.

<sup>32</sup> Hoja de servicios catedrático IEM de Granada de Emilio Orozco Díaz, AGA, Educación, 10.498-3, 31/1505.

<sup>33</sup> PEDRAZUELA FUENTES, Mario: *Alonso Zamora Vicente, op. cit.*, p. 230.

<sup>34</sup> Orden por la que se declara revisado el expediente de don Rafael Lapesa Melgar, Catedrático del Instituto de Oviedo, BOE 15 de diciembre de 1942. Hoja de servicios de Rafael Lapesa Melgar en AGA, Educación, 12.576-2, 31/4005.

<sup>35</sup> AGA, Educación, 10.498-3, 31/1505; decreto del 7 de julio de 1944, disposición transitoria nº 6.

<sup>36</sup> BOE 3 de agosto de 1943.

<sup>37</sup> OROZCO DÍAZ, Emilio: *Memoria y programa [Lengua y Literatura Españolas]*, 1944. (sin paginar), AGA, Educación, 10.492, 31/1498.

poder en 1939. Para los discípulos de Menéndez Pidal y Dámaso Alonso se fueron dotando cátedras de Gramática histórica de la Lengua Española y de Gramática General y de Crítica Literaria. Estas dos nuevas asignaturas parecían hechas a medida de la corriente de estudios en estilística impulsada por Dámaso Alonso junto al exiliado Amado Alonso, y al interés creciente por la lingüística estructural de los jóvenes filólogos cercanos a Menéndez Pidal.

Este reparto de disciplinas se organizó desde el ministerio cuidando la designación de tribunales, designando a González Palencia y Entrambasaguas para juzgar las plazas de Lengua y Literatura y confiando las oposiciones de Gramática a la supervisión de Armando Cotarelo Valledor, Antonio Griera Gaja y Dámaso Alonso. La aparición de estas nuevas asignaturas habilitaba una puerta preferente para la entrada en la universidad de los discípulos directos e indirectos de Menéndez Pidal. El primero que la franqueó fue Lapesa, gracias a la convocatoria en 1946 de unas oposiciones para la cátedra de Gramática Histórica de la Lengua Española en las facultades de Madrid y Barcelona<sup>38</sup>. El tribunal nombrado le era claramente favorable (presidido por Armando Cotarelo Calledor y siendo vocales Dámaso Alonso y el catedrático de Instituto de Secundaria Vicente García de Diego, ambos miembros del Centro de Estudios Históricos en el pasado, Manuel García Blanco y Luis Morales Oliver)<sup>39</sup>. Lapesa se impuso sin dificultades y obtuvo la primera plaza, eligiendo Madrid<sup>40</sup>. El regreso de Lapesa a la universidad de Madrid simbolizaba la reincorporación plena de la escuela de Menéndez Pidal a la cúspide académica, pues en la capital era donde se creaban líneas de investigación y se formaban doctores. Basta con citar un fragmento de la memoria pedagógica presentada por Lapesa a las oposiciones para constatar el cambio de clima en la universidad de posguerra, donde ahora se podía, de nuevo, reivindicar la tradición liberal del primer tercio del siglo XX. Así al evaluar la situación de la filología española afirmaba que esta

“empezó a cambiar hace unos cincuenta años, gracias sobre todo a la gigantesca labor iniciada y dirigida por Menéndez Pidal. El retraso en poseer una escuela filológica propia se vio compensado en gran parte por la certera orientación y la seguridad técnica que, sin titubeos, mostró desde el primer instante la obra del maestro, y a los pocos años la de sus discípulos más destacados. El rescate de la filología y lingüística españolas respondía al noble afán de superación que en los primeros decenios de nuestro siglo – tan fecundos – se manifestaba en otros órdenes de la vida intelectual: el mismo impulso que animaba a Ribera y Asín en los estudios árabes, a Hinojosa y Canseco en la historia de las instituciones, a Gómez Moreno y Tormo en la del arte, a Cajal en la Biología. (...) Cuando en 1925-6 aparecieron el Homenaje a Menéndez Pidal y sus Orígenes del español, estaba ya asegurado el arraigo de los estudios lingüísticos entre nosotros. Se había creado una tradición que ha sido capaz de resistir después las sacudidas experimentadas por la vida nacional, y que hoy ofrece en España y América promesas halagüeñas y espléndidas realidades.”<sup>41</sup>

<sup>38</sup> BOE 30 de julio de 1946, 9 de agosto de 1946, 11 de agosto de 1946 y 7 de febrero de 1947.

<sup>39</sup> BOE 14 de diciembre de 1946.

<sup>40</sup> AGA, Educación, 12.582, 31/4012

<sup>41</sup> LAPESA MELGAR, Rafael: [*Memoria pedagógica de Gramática Histórica de la Lengua Española*], 1947. conservada en AGA, Educación, 12.582, 31/4012.

Las razones que pueden explicar este cambio de actitud y esta reinserción de la escuela de Menéndez Pidal deben buscarse en la reorientación política tras el fin de la guerra mundial. Hubo otros signos de este cambio, siendo el más simbólico quizás la vuelta de Ramón Menéndez Pidal a la dirección de la Real Academia Española de la Lengua en 1947, de donde se le había desplazado de mala manera, en 1939, para nombrar a Pemán. La dirección de la Academia, un puesto de prestigio que distinguía a la máxima autoridad en las letras hispánicas, fue conservada por Menéndez Pidal hasta su muerte y luego ha sido legada a sus discípulos y descendientes académicos casi ininterrumpidamente hasta hoy. Se constataba así la hegemonía de su escuela en el panorama filológico español, que se confirmaba con la participación cada vez más frecuente de en los tribunales a oposiciones de cátedras, mientras la opinión de los nacionalcatólicos iba perdiendo peso. Aunque Menéndez Pidal nunca fue convocado para juzgar oposiciones, sí se acudió a Dámaso Alonso; Ángel González Palencia falleció en un accidente de tráfico en 1949 con lo que desaparecía el gran depurador de la universidad central y quedó como máximo garante del nacionalcatolicismo Joaquín de Entrambasaguas que muchas veces se quedaba en solitario en las votaciones.

Los resultados de las oposiciones a cátedras de los últimos años del Ministerio de Ibáñez Martín muestran elocuentemente esta recuperación de la hegemonía de Menéndez Pidal, con la entrada de antiguos discípulos suyos y de nuevos filólogos que reivindicaban al viejo maestro, además de a lingüistas extranjeros como Saussure: eran los estudiantes de Dámaso Alonso, de Manuel García Blanco, de Francisco Ynduráin y de José María Bleuca y en cuyos discursos ya no aparecían esas loas desmedidas a Menéndez Pelayo y a la ciencia puramente española tan estridentes en 1939. Tras la vuelta de Lapesa a la universidad se produjo una pequeña “avalancha de gramáticos” que triunfaban oposición tras oposición reconfigurando el panorama lingüístico de la universidad española. Así en mayo de 1948, se concedió la cátedra de Gramática Histórica de la Lengua Española de Granada<sup>42</sup> a Manuel Alvar, el primero de los estudiantes salidos del semillero zaragozano cultivado por Bleuca e Ynduráin. Su tesis, sobre el habla en el campo de Jaca y su especialización, en dialectología y en geografía lingüística, eran claros signos de su alineamiento con la Escuela de Menéndez Pidal, rasgo que no ocultaba en su memoria pedagógica para la oposición y del que señalaba que “en cierto modo continúa la trayectoria de Menéndez Pelayo, pero un Menéndez Pelayo más científico y más sobrio”<sup>43</sup>. Un año después, fue nombrado el segundo de esta hornada de jóvenes gramáticos de Zaragoza, Fernando Lázaro Carreter, que ganó la plaza de “Gramática General y Crítica Literaria” para Salamanca<sup>44</sup>. Había sido también discípulo de José María Bleuca y Francisco Ynduráin y luego de Dámaso Alonso y Rafael Lapesa en Madrid<sup>45</sup>. En los textos aportados por Lázaro Carreter a las oposiciones se pueden encontrar reivindicaciones de la figura de Menéndez Pidal al que calificaba como “el fundador de la Lingüística científica española”<sup>46</sup> o al que situaba en la cúspide de la tradición española cuando afirmaba

<sup>42</sup> Convocatoria en *BOE* 7 de septiembre de 1947 y *BOE* 12 de octubre de 1947

<sup>43</sup> LAPESA MELGAR, Rafael: [Memoria pedagógica de Gramática Histórica de la Lengua Española], *loc. cit.* p. 85 conservada en AGA, Educación, 11.924, 31/3196.

<sup>44</sup> Convocatorias en *BOE* 24 de julio de 1946, 31 de octubre de 1948 y 22 de noviembre de 1948.

<sup>45</sup> SANTOS RÍO, Luis (dir): *Palabras, norma, discurso. En memoria de Fernando Lázaro Carreter*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2005, 1232 p.

<sup>46</sup> LÁZARO CARRETER, Fernando: *Memoria sobre el concepto, método y fuentes de la asignatura Gramática general y Crítica literaria*, 1949. abril 1949, p. 5, conservada en AGA, Educación, 12.604, 31/4037.

que “la diferencia que separa a Menéndez Pelayo de Menéndez Pidal, es la que va del polígrafo al científico, ambos en los umbrales de la genialidad”<sup>47</sup>.

En noviembre de 1949 se incorporó a la cátedra de Oviedo de Lengua y Literatura Españolas y Literatura Universal<sup>48</sup>, Enrique Moreno Báez, un aspirante que había hecho ya brillante carrera antes de la guerra como colaborador del Centro de Estudios Históricos. La guerra le sorprendió siendo lecturer in spanish en la Universidad de Oxford, y aunque era católico militante se mantuvo leal al gobierno republicano e hizo campaña en su favor en el extranjero, lo que le supuso un tiempo en el exilio que aprovechó para impartir docencia en Cambridge y en el King’s College de Londres<sup>49</sup>. Opositó a cátedras ya en 1948, en un concurso en el que se le negó la plaza para concederla a un aspirante mucho más joven y con menos méritos, Alberto Navarro, pero discípulo de Entrambasaguas<sup>50</sup>; en 1949 se impuso en unos ejercicios juzgados por un tribunal presidido por Dámaso Alonso y en el que figuraban Lapesa y García Blanco como vocales<sup>51</sup>. La vuelta de Moreno Báez a la universidad española era importante, porque representaba la recuperación de parte de los cerebros y talentos que se habían fugado en la guerra civil y que habían permanecido en el extranjero; si bien una parte sustancial de los intelectuales que se exiliaron no regresaron, se estaba reincorporando parte de esa cultura perdida en algunas parcelas muy concretas, siendo la filología quizá en la que esto se produjo de manera más intensa.

Las últimas oposiciones de Lengua bajo el ministerio de Ibáñez Martín confirmaron la hegemonía de la escuela de Menéndez Pidal: decidieron en noviembre de 1950 las plazas de Gramática Histórica de la Lengua Española de Murcia y Oviedo<sup>52</sup>. En el tribunal figuraban profesores repudiados sólo hacía unos cuantos años, el presidente Dámaso Alonso y el vocal Rafael Lapesa, a quienes acompañaban Manuel Alvar, Antonio María Badía Margarit y Rafael Balbín<sup>53</sup>. Fue elegido en primer lugar Emilio Alarcos Llorach, discípulo de Dámaso Alonso que tras doctorarse había sido lector en Berna y Basilea. Allí había entrado en contacto con las más modernas corrientes lingüísticas de la época y particularmente con el estructuralismo europeo, del que se le podía considerar como su difusor en España. En su memoria pedagógica construía su discurso teórico a partir de referencias a Brondal, Hjelmslev, Saussure, Bally, Sechehayé, Trubetzkoy, Jakobson, Croce o Bartola y con sólo alguna que otra cita furtiva a Lapesa o Menéndez Pidal<sup>54</sup>, pero ni una mención a Menéndez Pelayo, que diez años antes se había considerado por los máximos responsables de la universidad y del CSIC como la última autoridad en el estudio de la Lengua y la Literatura. Para el segundo puesto fue elegido Manuel Muñoz Cortés, también discípulo de Dámaso Alonso y que antes de la guerra había sido estudiante de Unamuno en Salamanca y colaborador de Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos. En la guerra se enroló voluntario con la Falange y en 1941 marchó como lector a Munster, Ale-

<sup>47</sup> LÁZARO CARRETER, Fernando: “Menéndez Pidal y la Filología española”, *Cisneros*, nº 11.

<sup>48</sup> Convocatorias en BOE 28 de diciembre de 1946; 31 de octubre de 1948 y 28 de abril de 1949.

<sup>49</sup> PLATAS TASENDE, Ana María: “Lembranza de Enrique Moreno Báez”, *Eduga: revista galega do ensino*, nº 13 (1996), p. 27-37.; MONFERRER CATALÁN, Luis: *Odisea en Albión: los republicanos españoles exiliados en Gran Bretaña 1936-1977*, s.l., Ediciones de la Torre, 2007, 552 p.

<sup>50</sup> PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “La filología en la universidad...”, *loc. cit.*

<sup>51</sup> AGA, Educación, 11.919, 31/3190, acta del 5 de diciembre de 1949

<sup>52</sup> Convocatorias en BOE 9 de febrero de 1949 y 10 de abril de 1950.

<sup>53</sup> BOE 28 de mayo de 1950.

<sup>54</sup> ALARCOS LLORACH, Emilio: *Concepto, fuentes, método y programa de la Gramática Histórica de la Lengua*, 1950. [1950], conservado en AGA, Educación, 12.590, 31/4021.

mania para regresar luego e incorporarse como profesor de la facultad de Madrid y de la recién fundada Escuela Oficial de Periodismo<sup>55</sup>. Los referentes que manejaba en su memoria pedagógica no eran muy diferentes a los de Alarcos Llorach y así citaba a Vossler, Saussure, Rickert o Jakobson, e incluso a Julián Marías<sup>56</sup>. La lista de referencias de estos dos flamantes catedráticos es suficientemente significativa de la evolución de la filología española en los diez años posteriores al fin de la guerra. Del anatema sobre Menéndez Pidal y el rechazo a lo extranjero, desde la reducción de todos los saberes a la tradición ortodoxa y a los principios sentados por Menéndez Pelayo, se había vuelto a la senda iniciada en la Edad de Plata de la cultura española. En última instancia la supervivencia y reproducción de la escuela de Menéndez Pidal suponía un fracaso del proyecto cultural franquista de ruptura con la tradición liberal de preguerra.

---

<sup>55</sup> Hoja de servicios en AGA, Educación 11.919, 31/3190; documentación en AGA, Educación, 12.590, 31/4021 ALBERO MUÑOZ, María del Mar: "Perfil de Manuel Muñoz Cortés", *Tonos digital: Revista electrónica de estudios filológicos*, nº 2 (2001), p. 16.

<sup>56</sup> MUÑOZ CORTÉS, Manuel: *Memoria [pedagógica de Gramática Histórica de la Lengua]*, 1950. conservado en AGA, Educación, 12.590, 31/4021.